

## Camino de ida y vuelta entre España y México. Ciencia y pensamiento en español

Antonio López Vega (Universidad Complutense de Madrid, Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset)\*

La emblemática fecha del comienzo de la Primera Guerra Mundial, 1914, da nombre a la generación que, en España y liderada por José Ortega y Gasset, no estuvo formada exclusivamente por hombres vinculados al mundo de las letras. De hecho, su principal preocupación fue situar la ciencia española, en el amplio sentido de la palabra, al nivel europeo. Para entonces, el sistema de turno de la Restauración hacía aguas. El Partido Reformista acogía las aspiraciones de los intelectuales que, tras la fragmentación del Partido Liberal –tras el asesinato de José Canalejas en 1912- y de la ruptura de la conjunción republicano-socialista en 1910, dio voz a sus ansias regeneracionistas. Por su parte, el Partido Conservador no estaba en mejor posición. La negativa de Antonio Maura de formar un gabinete que sucediera al Gobierno Liberal que dirigió hasta entonces el conde de Romanones, y la aceptación de Eduardo Dato de presidir el Consejo de Ministros, tuvo como consecuencia la secesión del partido.

En esa tesitura el Partido Reformista abogó por la que se llamó *tesis accidentalista*, por la que el republicanismo dejaba de ser prioritario en su acción política. Ese *accidentalismo* coincidió con la llamada de Ortega y Gasset a sus compañeros de generación a *hacer la experiencia monárquica* y con el impulso de la Liga de Educación Política, plataforma a través de la cual habrían de hacer oír su voz los intelectuales sin necesidad de figurar en ningún partido político en lo que fue, *de facto*, el antecedente directo de la Agrupación al Servicio de la República que vería la luz en 1931. El primer y en la práctica único y resonante acto público de la Liga, se celebró en el Teatro de la Comedia de Madrid el 23 de marzo de 1914, cuando Ortega pronunció su famoso discurso “Vieja y nueva política” en el que llamó a su generación a impulsar en España una *nueva política* que acabase con la *vieja política* del sistema de la Restauración (Ortega y Gasset, 2004 I, 591-601 y 707-744).

En México, por su parte, hacía muy poco tiempo que la postrera reelección de Porfirio Díaz devino en la rebelión del mundo rural que, liderada por Francisco Madero, reivindicaba una democracia radical y la reestructuración social del país. Había estallado la revolución contra el *Porfiriato*. Los acontecimientos entonces se precipitaron. Al asesinato de Madero en febrero de 1913, le siguieron su sucesión por el general Victoriano Huerta, la toma de Veracruz por los marines norteamericanos al calor de la recién estrenada política internacionalista del presidente Wilson y la reunión de la *Convención de Aguascalientes*, donde acudieron los constitucionalistas Venustiano Carranza, los *villistas* de Francisco Pancho Villa y los seguidores de Emiliano Zapata. Tras el fallido intento de nombrar a un presidente de transacción –Eulalio Gutiérrez-, Carranza se retiró a Veracruz, donde fijó su gobierno en noviembre de 1914, al tiempo que los soldados norteamericanos abandonaban la ciudad. Se inició entonces en México una guerra civil múltiple entre *carrancistas*, *villistas* y *zapatistas*, ante la que los Estados Unidos decidieron finalmente reconocer a

---

\* Este artículo se inscribe en el marco de los proyectos de investigación HAR2013-46538-P y HAR 2017-89291-P de los Ministerios de Economía, Industria y Competitividad y Ciencia, Innovación y Universidades.

Carranza, lo que provocó la ira de Pancho Villa, que decidió lanzar su famosa incursión sobre la ciudad fronteriza de Columbus, Nuevo México, en marzo de 1916, con las desastrosas consecuencias que conllevó para sus seguidores y que son bien conocidas. La invasión justificó una nueva intervención de los Estados Unidos en suelo mexicano, donde permanecerían hasta enero de 1917, cuando la solución carrancista se abrió paso y se pudo promulgar la Constitución de 1917 que ha fijado el orden constitucional mexicano durante más de un siglo. Todavía tardarían tres años más en apagarse los fuegos de la *revolución mexicana*, en definitiva, una sucesión de conflictos políticos, identitarios y sociales solapados, maravillosamente reflejados por Luis González en su *Pueblo en vilo* (1968). Tras la misma, los años veinte asistieron a la oficialización del indigenismo con Álvaro Obregón, al levantamiento cristero –de raíces agrarias- con Plutarco Elías Calles y al nacimiento del Partido Nacional Revolucionario –luego Institucional (PRI)-, en torno al cual giraría la vida política del país el resto del siglo.

Confluía también en México una suerte de renacer cultural en el que destacaron, para lo que aquí nos interesa, los que resultarían dos ejes fundamentales para esta historia: en primer lugar, el surgido en torno al Ateneo de Juventud, fundado en 1909 por Alfonso Reyes y otras personalidades y en torno al cual intelectuales como el escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, el arqueólogo, historiador y antropólogo Antonio Caso o el intelectual José Vasconcelos, se reunían para leer de manera crítica a los clásicos griegos y universales. Y, en segundo lugar, la que se conoce como *generación de 1915* que hacía referencia a una elite ilustrada que sentía el deber moral de jugar un papel cívico para sus conciudadanos a través de sus responsabilidades profesionales e intelectuales. Inicialmente integrada por los conocidos como los *Siete Sabios* –el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Manuel Gómez Morín, los juristas Alberto Vázquez del Mercado, Teófilo Olea y Leyva y Jesús Moreno Baca, el filósofo Vicente Lombardo Toledano, el literato Antonio Castro Leal y Alfonso Caso-, pronto se adherirían a ella personalidades como el jurista y embajador Narciso Bassols o Daniel Cosío Villegas, protagonista fundamental en nuestro relato. Muchos de ellos, vivieron el México de la revolución lo que les hizo adquirir ese compromiso para con el desarrollo de su nación. Otros, en razón de su profesión y de su compromiso con diferentes opciones políticas –casos de los diplomáticos y escritores Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán- con los fuegos de la revolución, salieron del país hacia Europa donde, al desencadenarse la I Guerra Mundial y fruto, tanto de la neutralidad española como de las raíces compartidas, terminaron pasando una larga temporada compartiendo iniciativas con algunos de los integrantes de la *generación del 14* española que, a la postre, fue la que recuperó el diálogo con la América hispánica tras más de un siglo de discontinua relación entre ambas orillas del Atlántico tras la era de las Independencias.

### Mexicanos en Madrid

Aquellos mexicanos que acabaron en tierras españolas en un primer momento – Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, singularmente- fueron permeables a la transformación impulsada por la conocida como *generación del 14* española que dio lugar a la llamada Edad de Plata. A Reyes, que se había formado en la Escuela de Jurisprudencia, le había alcanzado en París la derrota de Huerta y el estallido de la I Guerra Mundial, lo que le supuso perder su empleo y sustento. En una Europa en llamas, optó por ir a la España

neutral, donde Enrique Díez Canedo le introdujo en el círculo de Ortega y Gasset que, por entonces, ponía en marcha diferentes iniciativas en busca de la ansiada *regeneración* de la vida nacional que él identificaba con la consabida *uropeización*, esto es: ciencia, universidad, cultura, democracia, competencia, modernidad (Fusi, 1999, 51). Reyes, además de trabajar en el Centro de Estudios Históricos que dirigía Ramón Menéndez Pidal, colaboraría estrechamente con el filósofo en los siguientes años en su ahínco por *uropeizar* España, cuando fue responsable de la columna semanal de *El Sol* “Historia y geografía” y colaborador habitual del semanario *España* lo que, además, le dio los ingresos indispensables para vivir dignamente. Alfonso Reyes, que vivió en España hasta 1924, salió adelante gracias a su pluma con cierta dificultad, si bien atenuada desde 1920 cuando la administración de Álvaro Obregón lo reintegró en el servicio diplomático. En la ciudad de Madrid, de la que en 1917 nos regaló sus maravillosos *Cartones*, Reyes entabló amistad con algunos de los que luego ingresarían en La Casa de España que presidiría él mismo ya desde el último año de la Guerra Civil.

La relación de Reyes con Ortega debió ser agrídulce. Más allá de desencuentros posteriores especialmente hirientes para el mexicano, en estos años de su estancia en Madrid, debió ser desalentador para Reyes el escaso interés del filósofo por México y su circunstancia. En este sentido, Javier Garciadiego ha planteado que la etapa violenta que atravesaba entonces México donde la revolución absorbía todo, fue lo que debió disipar el interés de Ortega por México. Al mismo tiempo, el filósofo quedó seducido por Argentina de donde regresó en *loor* de multitudes tras su viaje de 1916 y a donde regresaría a finales de los veinte y donde, en concreto, parece que se produjo el primer desencuentro serio entre Ortega y Reyes cuando el español se marchó de la capital porteña sin tan siquiera despedirse de su amigo, quien dejó registrado en sus diarios que descubría “en los periódicos tu, para mí, inesperada partida [...]. Fuiste cruel en no decirme” (Reyes, 2010, 87, citado en Garciadiego, 2014, 224 y 226).

El adalid de la novela revolucionaria Martín Luis Guzmán –junto a Mariano Azuela-, estuvo vinculado políticamente a Francisco Madero y a su corriente convencionista. Asesinado este y tras ser ministro con el efímero presidente Eulalio Gutiérrez, hubo de exiliarse a España en dos ocasiones, en 1915, cuando escribió junto con Alfonso Reyes una columna cinematográfica para el orteguiano semanario *España* firmada bajo el seudónimo *fósforo* –entonces comenzaba a tener cierto impacto la industria del celuloide con Sarah Bernhardt y Max Linder como grandes estrellas- y, de nuevo, entre 1925 y 1936 (Reyes y Guzmán, 2000, 9-11; citado en Garciadiego, 2014, 221). Habitual en las tertulias, Guzmán, buen amigo de Manuel Azaña, solía frecuentar la del *Café Regina*, donde se prolongaban discusiones y conversaciones iniciadas en el Ateneo de Madrid, entonces caja de resonancia de la vida política capitalina. En Madrid, Martín Luis Guzmán terminó de escribir *La querrela de México* (1915), donde buceaba en los problemas estructurales de su país entonces sumido en la superposición de conflictos en la *revolución* –caciquismo, estructura agraria, peso del catolicismo en la esfera pública, pobreza- y donde se entrevé la influencia de sus conversaciones políticas con Azaña y la lectura de las *Meditaciones del Quijote* (1914) de Ortega que, publicado por entonces, hacía furor en los núcleos intelectuales de Madrid.

Más tarde llegaría a Madrid el otro protagonista en el que queremos detenernos aquí: Daniel Cosío Villegas. Nueve años menor que Alfonso Reyes –había nacido en 1898–, había permanecido en el país durante la Revolución y no visitaría España con intereses académicos ya hasta los años treinta, en plena II República. Economista, abogado, historiador, politólogo, científico social y, sobre todo ello, uno de los mejores conocedores que ha tenido México de su realidad. Cosío Villegas tenía la convicción –de acuerdo con sus compañeros de generación– de la apremiante necesidad de capacitar profesionalmente a la juventud mexicana en aquella hora histórica. En 1920, al finalizar la Revolución, Cosío era un joven estudiante universitario que recibía la influencia decisiva del filósofo Antonio Caso –que al año siguiente sería designado rector de la UNAM y que había fundado con Vasconcelos el *Ateneo de la Juventud* que, como se dijo, aglutinaba a un grupo de personas que, por entonces, abrieron su espíritu a los aires de la modernidad frente al positivismo decimonónico. Si Reyes pudo recuperar su puesto en el escalafón diplomático –lo que le ofreció un mayor desahogo en su vida en Madrid donde aún permanecería algunos años–, Cosío, que no se había marchado de México, ya había destacado en su capacidad de liderazgo como estudiante pues había sido presidente de la Federación Estudiantil Mexicana y de un Congreso de Estudiantes celebrado cuando cursaba Leyes. También había pertenecido al Partido Laborista –del que rápidamente se dio de baja–, había dirigido una revista universitaria y publicado *Miniaturas mexicanas* (1922), novela en la que reflejaba el paisaje y paisanaje diverso del país y primera de sus numerosas obras sobre México. Poco después, tras comprobar que el ejercicio del Derecho no era lo suyo, en el segundo lustro de los años veinte, centró su atención en la economía, todavía inexistente como disciplina en México, y a la que llegaría a través de estancias en algunos de los mejores centros de Estados Unidos y Europa como Harvard, Wisconsin, Cornell, London School of Economics o la École Libre de Sciences Politiques. Con todo, fue a la historia la disciplina a la que, en lo intelectual, sería más fiel y entregado a lo largo de su vida. En su mirada hacia el pasado mexicano, Cosío también respondía a los nuevos aires que sacaban la historiografía del positivismo que había caracterizado el siglo XIX para observar el pasado desde una perspectiva crítica, en el amplio sentido del término pues, como indicó en su presentación inaugural del primer curso de Sociología Mexicana en 1923, “para saber es necesario herir; para conocer es necesario cortar” –en referencia sanitaria tan del gusto de la época (tomada de Meyer, 2015, 57).

Mientras Cosío se entregaba con afán a aquella labor regeneradora en México, en Madrid, Ortega y Gasset invitaba a su amigo Reyes a participar en el primer número de *Revista de Occidente* que, a la postre, devendría en la revista cultural en español más importante del siglo XX por su capacidad de influir –junto con otras como las argentinas *Sur* y *Realidad* o la puertorriqueña *La Torre*–, para crear un espacio de pensamiento común. En aquel primer número de julio de 1923, Reyes publicó una nota sobre la edición crítica que de las *Poesías y el estudiante de Salamanca* de José de Espronceda que había realizado José Moreno Villa. Compartía nómina en aquel número con un selecto elenco de la cultura europea e hispánica. Junto al propio Ortega, publicaban artículos Pío Baroja, Georg Simmel –cuyo nombre aparecía castellanizado en el índice como Jorge–, el arqueólogo Adolf Schulten (también presentado como *Adolfo*), Fernando Vela y Corpus Barga. Las notas, por su parte, venían firmadas, además de por Reyes, por Antonio Espina, Antonio Marichalar, Jean Cocteau y, de nuevo, Corpus Barga.

Como es bien sabido, la *Revista de Occidente*, tal y como señalaba en sus primeras líneas publicadas en el verano de 1923, nacía con el *propósito* de ofrecer al público que lee y piensa en español

noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo [...]. Esta curiosidad, que va lo mismo al pensamiento o la poesía que al acontecimiento público y al secreto rumbo de las naciones es, bajo su aspecto de dispersión e indisciplina, la más natural, la más orgánica [...]. Es la vital curiosidad que el individuo de nervios alerta siente por el vasto germinar de la vida en torno y es el deseo de vivir cara a cara con la honda realidad contemporánea.

Unos meses más tarde ese mismo año, Reyes escribió de nuevo otra nota en las páginas de la revista sobre *El silencio de Mallarmé* (nº 5, pp. 239-243), tema al que sería muy afecto pues, además de organizar aquel mismo año un homenaje a la memoria del poeta simbolista, en 1932, retomaría este tema en la propia *Revista de Occidente* ya de manera más extensa en *Mallarmé en castellano* (nº110, pp. 190-219). Con el tiempo, aquellos intelectuales mexicanos –singularmente Cosío Villegas– harían suya la aspiración compartida con Ortega e impulsada desde *Revista de Occidente* –en su doble vertiente de publicación periódica y como editorial– de llevar el saber occidental al medio académico mexicano y a todo el mundo de habla hispana. Si en *Revista de Occidente* pronto se traduciría a autores de diversas lenguas, entre los que destacaron en esa primera época el psiquiatra Carl Jung, los filósofos Max Scheler, Hegel, Georg Simmel o Edmund Husserl o los historiadores Jakob Burkhardt o Johan Huizinga, entre otros muchos, más tarde, esa ambición la impulsaría muy específicamente el Fondo de Cultura Económica (FCE), como veremos en seguida. Impresiona reparar cómo aquellos intelectuales de habla hispana, además de su propia y sustantiva obra, llevaron a cabo una esencial labor de traducción de esos libros o artículos que entonces revolucionaban el mundo de la ciencia, el pensamiento y la cultura y de los que, en buena medida, aún hoy somos deudores (para *Revista de Occidente* sigue siendo esencial López Campillo, 1972).

Así corrían las cosas en la España de la Dictadura de Primo de Rivera, momento en el que Martín Luis Guzmán hubo de exiliarse de nuevo y regresó a España donde escribió *El águila y la serpiente* y *La sombra del Caudillo* (1928 y 1929, respectivamente) en los que se fijaba en el México de la revolución y de Álvaro Obregón. Entre tanto, en México, Daniel Cosío Villegas acertó a atisbar la economía como piedra angular en la transformación radical que se produciría en el mundo de las ciencias sociales en las décadas siguientes. Junto al giro nacionalista y proteccionista que se produjo en algunas de las economías más importantes del mundo –singularmente, los Estados Unidos– y el problema de las deudas y las reparaciones de guerra –solo parcialmente resuelto con los conocidos como Planes *Dawes/Young* de 1924 y 1929–, se desembocó en el mundo occidental en una coyuntura económica cada vez más interconectada como se hizo evidente con el *crack* del 29. Así, mientras en España, Ortega y Gasset y otros destacados catedráticos renunciaban a sus plazas universitarias en protesta por la disposición gubernamental que permitía a instituciones eclesíásticas (Deusto y El Escorial, jesuitas y agustinos respectivamente) emitir Títulos universitarios Oficiales, en México, paradojas de la historia, al tiempo que Calles aplastaba el *vasconcelismo* que había tratado de desafiar al poder imperante democráticamente, Cosío impulsó la creación del primer estudio reglado de Economía

dentro de la Facultad de Derecho, embrión de la que más tarde sería la Escuela de Economía de la UNAM, ya en 1935. De aquella experiencia Cosío comprendió algo que le sería de gran utilidad a la hora de impulsar más tarde El Colegio de México: “la importancia de una buena biblioteca especializada; [...] que el programa, para cumplirse cabalmente, requería de estudiantes de tiempo completo y eso sólo se conseguiría becándoles; y [...] que estos estudiantes deberían dominar el latín de la época: el inglés” (Meyer, 2015, 61). Desde entonces y en adelante, Cosío, buen conocedor del mundo universitario y de las flaquezas de la administración mexicana, dedicó su vida a “conocer los problemas [de México] y buscar sus soluciones” (Meyer, 2015, 58) desde las diferentes instituciones a las que dedicó sus esfuerzos.

Si el México posrevolucionario de Obregón y también, desde luego, de Calles, que no toleró la discrepancia y donde el ejército era la columna vertebral de un Estado débil y ciertamente *invertibrado* –por usar la expresión orteguiana-, las divisiones de la élite que gobernaba el país y, sobre todo, el raquitismo del Estado, llevaron a Calles en marzo de 1929 a fundar el Partido Nacional Revolucionario, luego PRM transformado, finalmente, en 1946, en el PRI, Partido Revolucionario Institucional que, como partido se identificó e hibridó con el Estado y sus estructuras e incorporó a campesinos y clases medias y urbanas, condicionando, en adelante, la vida política del país. Entre tanto, en España se abría paso la II República, algo parecido a un “Estado cultural” (Fusi, 1999, 88). En línea con la transformación profunda que entonces aconteció con el aumento sustantivo de los presupuestos en educación en el bienio social-azañista, en España se crearon instituciones o acontecimientos culturales que transformarían también la fisonomía cultural del país con el correr de las décadas como, por ejemplo, la Universidad Internacional de Santander (1932) o la Feria del libro, cuya primera edición se llevó a cabo en Madrid en mayo de 1933. En ese contexto, al tiempo que la amistad entre Azaña y Martín Luis Guzmán se estrechaba, Daniel Cosío Villegas viajaría a España invitado por el ministro Instrucción Pública, Fernando de los Ríos, para que impartiera un ciclo de conferencias sobre la problemática agraria en México en la Universidad Central de Madrid. El audaz intelectual mexicano fue a España con la idea de encontrarse con el gran referente de la intelectualidad española de entonces, Ortega y Gasset –además de con otras muchas personas, singularmente editores-, que ya había publicado su *rebelión de las masas* (1929) y al que deseaba proponerle un ambicioso proyecto editorial que, siguiendo la estela de la editorial Revista de Occidente, tradujera las obras más relevantes del ámbito económico que, tras el *crack* de 1929, proliferaban tratando de comprender qué estaba ocurriendo. Fracasó en su intento. En uno de los escasísimos momentos en los que se puede comprobar que a Ortega le falló su celebradísima intuición, el filósofo no dio la importancia debida a lo que le proponía Cosío. Este, de regreso a su país donde acababa de abrirse paso la era Cárdenas, el más carismático de los presidentes del siglo XX mexicano, animado por un grupo de amigos, fundó el Fondo de Cultura Económica (en adelante FCE) en 1934, un año antes de que John M. Keynes publicara el que iba a ser texto capital para la economía occidental durante lo que quedaba de siglo: *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*.

Aunque con el tiempo el FCE no sólo se preocuparía por obras de índole económica, sino que tendría, como en seguida veremos, otras colecciones del ámbito de las Humanidades y las Ciencias Sociales, en ese primer de impulso del FCE, Cosío siguió el modelo de *Revista de Occidente*, buscando no solo traducir los libros de economía más

relevantes del momento, sino fundando una publicación periódica que sirviera de foro donde se expusieran las principales líneas en la discusión económica de entonces: la revista *El Trimestre económico*. Su primer número apareció ese mismo año de 1934 y la primera monografía traducida al castellano llegó un año más tarde, en 1935. Se trataba de *El dólar plata* de William Shea. El libro se fijaba, básicamente, en cómo, tras más de un siglo en que la economía contemporánea había estado fundamentada en el patrón oro en las principales naciones del mundo, tras el *crack del 29* hubo un gran movimiento a favor de su cambio por la plata como base del patrón ponderal (véase Garciadiago, 2016 –aquí tomado como referencia- o el más clásico estudio de Díaz Arciniega, 1994).

En aquella década de los treinta el mundo bullía. Al tiempo que se asistía a la destrucción del sistema de cooperación internacional que, con no pocas dificultades, se había abierto camino de la mano de la Sociedad de Naciones en los veinte, en la nueva década, los fascismos, las purgas estalinistas, la crisis de Manchuria (1931), la invasión italiana de Etiopía (1935) y las sucesivas agresiones de la Alemania nazi en busca de su *espacio vital* al mundo judío y las naciones de su entorno, mostraban los nubarrones que presagiaban la tormenta que devendría en forma devastadora con la guerra. En México, tras el *crack del 29*, se había abierto un proceso nacionalizador de sectores estratégicos, cuyo cénit simbólico tuvo lugar en 1938 cuando el presidente Cárdenas intervino la producción petrolífera. En España, el golpe de Estado fracasado que, incontrolado, devino en la más incivil de nuestras guerras, despeñó el país por el precipicio del odio, el rencor y la incompreensión.

### De instituciones y cultura durante el exilio español

Paradójicamente, la tragedia española se tornó en oportunidad para México y solución para miles de personas. La Guerra Civil española generó la diáspora de una parte sustantiva del mundo intelectual y científico español que huyó de las represalias que la Dictadura del General Franco tomaría contra ellos por el mero hecho de haber estado vinculados a la tradición liberal o, simplemente, por la obtención de sus cátedras de Instituto o Universidad durante el periodo republicano (véase Rodríguez López, 2002 y Otero et alii, 2009).

Fue Daniel Cosío Villegas –que entonces estaba en misión diplomática en Portugal y era buen amigo del entonces embajador de la República española en Lisboa, Claudio Sánchez Albornoz, y de la entonces cónsul de Chile, Gabriela Mistral, que no poco tuvo que ver en que el mexicano tomara esta iniciativa-, quien albergó la idea de acoger en México a un grupo de académicos españoles de manera temporal, en tanto cuanto se resolvía la situación bélica del país amigo<sup>1</sup>. Cosío no solo seleccionó, contactó y convenció a los primeros exiliados académicos españoles para que se trasladaran a México, sino lo que resultó más importante y decisivo, fue capaz de articular los resortes necesarios para que la Administración Cárdenas y el Gobierno asediado de la República hicieran cuanto

---

<sup>1</sup> Las propuestas de Cosío al gobierno mexicano se hallan en el Archivo Histórico de El Colegio de México, sección Daniel Cosío Villegas, caja 1, exp. 1, ff. 1-13 y han sido analizadas por diferentes autores, véase, por ejemplo, Garciadiago, 2016.

estuvo en su mano para que ese éxodo se produjera de manera institucional y relativamente ordenada.

De esta manera, la II República española encontró en el presidente Lázaro Cárdenas, en el canciller y embajador en Madrid Genaro Estrada y en Isidro Fabela, entonces representante de México ante la Sociedad de Naciones, el firme aliado que no encontró en ninguna nación europea. Evidentes y bien conocidas son las afinidades entre el programa reformista cardenista y el bienio social-azañista, así como en las empresas científicas, culturales y educativas que aquí recordamos y que se pusieron en marcha por entonces. Conmovedor es, igualmente, el testimonio que recibimos del entierro de presidente Manuel Azaña en Montauban, en Francia, cuando el 4 de noviembre de 1940, ante la negación de las autoridades francesas para que fuera enterrado con la bandera tricolor republicana y la sugerencia de que lo cubrieran con el estandarte entonces oficial en España, el representante prefecto mexicano de la ciudad, Luis I. Rodríguez, resolvió el asunto notificando que cubriría el féretro “con orgullo [con] la bandera de México; para nosotros será un privilegio; para los republicanos, una esperanza, y para ustedes, una dolorosa lección” (Rodríguez, 2000, 277).

Entonces confluyó otra circunstancia felizmente favorable para esta historia, Alfonso Reyes, que tras su partida de España en 1924 había desarrollado labores diplomáticas en París, Río de Janeiro y Buenos Aires y que, aunque tenía una oferta para establecerse en Texas, no quería “volverse pocho” ni dar “la espalda” a su destino “de mexicano” –como confesaba a su viejo amigo el dominicano Pedro Henríquez Ureña en carta de 22 de marzo de 1939 (citada por Garcíadiego, 2015, 34)-, decidió regresar a México. De esta manera, aceptó la propuesta para presidir la Casa de España en marzo de 1939, ante la amenaza de quedar desempleado en sus funciones diplomáticas por la dificultad que el cardenismo tuvo para sacar adelante el presupuesto federal por el boicot internacional contra el petróleo mexicano que el presidente acababa de expropiar. Reyes, que no había seguido al detalle la vida educativa y social mexicana, tenía claro –al más puro estilo orteguiano-, la necesidad de mejorar la educación y la cultura nacional, asomándola a las aportaciones más relevantes de los principales intelectuales y movimientos artísticos, científicos y culturales de Occidente como factor clave en el devenir histórico de México.

La designación de Reyes consoló a muchos republicanos españoles que vieron en el nombramiento de su fraternal amigo, con el que habían compartido aventuras y desventuras –literarias, sobre todo- en Madrid, un gran alivio y una puerta abierta para huir del horror. Para el poeta Pedro Salinas, Reyes era garantía de lo mejor pues “nos conoce en lo más íntimo y sabrá comprender nuestros errores” (carta de Pedro Salinas a Alfonso Reyes de 21 de mayo de 1939, Archivo Histórico del Colegio de México, *La Casa de España*, c. 23, exp. 1, ff. 15-16, citado por Garcíadiego, 2015, 38). Cuando Reyes recibió a aquellos hombres en La Casa de España, en cierta manera, respondía a la cordial y generosa bienvenida con que muchos de ellos le recibieron en Madrid en 1914. De hecho, unos años más tarde consignaría en carta a Ortega y Gasset de septiembre de 1947, que su propósito durante todos aquellos años fue que no “sufrieran lo que yo había sufrido aquellos que un día compartieron conmigo sus escasos recursos” (Archivo Fundación Ortega-Marañón,

citada por Aponte, 1972, 118-119 y por Pineda, 2016 32 y 33, 55-85 y 27-88). Era un *camino de ida y vuelta*.

Cosío y Reyes, Reyes y Cosío, colaborarían en adelante para hacer posible, primero La Casa de España e, inmediatamente, El Colegio de México (en adelante Colmex). La Casa fue, de esta manera, puerto de acogida para científicos, profesores e intelectuales españoles que llegaron a México a partir de 1938 y que, en principio, lo hacían con la intención de pasar una breve estancia en el país americano. La Casa, que sin instalaciones propias empleó dos cuartos cedidos por el FCE en sus oficinas de la céntrica calle Madero, les orientaría en tanto en cuanto se *resolvía* la situación en España. En esa primera etapa, la colaboración entre ambas instituciones resultó fundamental pues, no solo el FCE acogía físicamente La Casa, sino que la auxiliaba en sus necesidades más perentorias de las que adolecía fruto de los escasos recursos económicos de los que disponía. El hacedor de semejante milagro fue el propio Daniel Cosío Villegas, *factótum* de ambas instituciones. Además, la estrecha cercanía entre el FCE y La Casa facilitó también la colaboración de los exiliados españoles con la empresa editorial con un espectacular resultado a partir de la llegada de los hombres y mujeres de ciencia españoles, como veremos un poco más adelante.

Sin embargo, el camino no fue sencillo y no estuvo exento de incomprensiones. Lo más complicado entonces resultó integrar a los exiliados en instituciones de enseñanza superior mexicanas con las que pudieran colaborar. En principio, no asumirían labores docentes permanentes; impartirían seminarios y dictarían conferencias mientras durase su estancia allí (esenciales para esta cuestión son los trabajos de Lida, 1988, Lida, Matesanz y Zoraida, 2000 y Valender y Rojo, 2010). Con todo, la labor de La Casa suscitó no pocas suspicacias en parte de la opinión pública mexicana que veía, por un lado, que las generosas condiciones de asilo a los académicos españoles eran oportunidades que la administración de Cárdenas no ofrecía a los propios mexicanos. Ciertamente era que aquellos profesores españoles fueron tratados de manera privilegiada en relación con la situación de sus homólogos mexicanos pues, el permitirles ejercer ciertas labores docentes e investigadoras de manera exclusiva, era algo absolutamente excepcional entonces en México. Por fin, a lo largo de la década de los cuarenta, la administración del presidente Manuel Ávila Camacho extendió esas condiciones profesionales a otras entidades universitarias como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y, finalmente, se dio un paso legislativo esencial cuando se procedió a la profesionalización de la carrera educativa en 1945. Por otro lado, los exiliados fueron acusados de servir a intereses soviéticos. Aquella atribución en el contexto de la II Guerra Mundial y muy poco tiempo antes de que México entrase en la contienda a favor de los aliados tras el hundimiento de dos buques petroleros mexicanos, el *Faja de Oro* y el *Potrero de llano*, no era en absoluto una cuestión menor.

Por si todo ello fuera poco, la derrota de la República en abril de 1939 generó un aluvión de solicitudes, todas eran urgentes, para las que no se daba abasto –muchos de los solicitantes huían de los campos de concentración en los que fueron recluidos en Francia al salir de España-. Reyes y Cosío vivieron esos meses con una sensación de permanente desbordamiento. Fue entonces, al terminar la Guerra Civil, cuando se integraron en La Casa el secretario particular de Manuel Azaña, Juan José Domenchina, el sociólogo José Medina

Echavarría y el filósofo Joaquín Xirau, que tan destacada labor ejercerían en diferentes ámbitos académicos, intelectuales y editoriales en México en las siguientes décadas. Así, en el verano de 1939, los residentes se habían duplicado, llegando a la cuarentena. Entre ellos se encontraban el entomólogo Ignacio Bolívar, el biólogo Fernando de Buen o el ex presidente del Consejo de Ministros durante los primeros compases de la Guerra Civil, el químico José Giral. Pronto fue, sencilla y literalmente, imposible integrar a nadie más en La Casa.

Reyes y Cosío trataron entonces de buscar acomodo a los españoles en otras instituciones mexicanas como, por ejemplo, a los médicos en el sistema hospitalario nacional. Con todo, aquellos dos beneméritos hombres y sus más inmediatos colaboradores, tuvieron que multiplicarse con extrema generosidad en unas labores burocráticas extenuantes para facilitar la acogida –fuera en donde fuera- de aquellos españoles que salían entonces de su patria, ayudándoles con sus visados y procurando que, además de un techo donde dormir, tuvieran algún tipo de ocupación que les garantizara algún ingreso. Por si eso no fuera suficiente ocupación para cualquier persona, ambos lograron no interrumpir su obra intelectual: mientras Cosío se empeñaba en sacar adelante el FCE, Reyes trabajó entonces en varios libros como *Capítulos de literatura española (primera y segunda serie)*, *Páginas de historia*, *Los siete sobre Deva*, *Pasado inmediato* o *Entre el norte y el sur* – obras todas en las que trabajó en estos años de 1939 y 1940 y que se encontraban en diferentes estadios de producción-, así como artículos para periódicos y revistas, o el prólogo que puso al celebradísimo libro de Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano* (véase Garcíadiego, 2015, 46-49).

Preocupados sobremanera por cuestiones formales y sustanciales, españolas y mexicanas, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas impulsaron la transformación de La Casa de España en El Colegio de México, ya desde los últimos meses de 1939. Fue con el estallido de la II Guerra Mundial, en septiembre de ese año, cuando la situación de La Casa se hizo insostenible. La avalancha de exiliados, las presiones académicas y políticas y la inminente salida del Palacio Presidencial de Lázaro Cárdenas, hacían imprescindible el cambio de estatus jurídico de la misma. Si en España el triunfo de Franco en la Guerra Civil y el estallido de la II Guerra Mundial anunciaban la prolongación de una Dictadura de corte fascista –al menos durante los años del conflicto mundial-, en México se avecinaba el final de la administración cardenista y la Casa de España adolecía de una evidente fragilidad institucional pues, por su propio origen, dependía de quien ejerciera la Presidencia de la República y no disponía de recursos ni sede propia lo que, ante la llegada del nuevo sexenio, la colocaba en una evidente situación de inestable incertidumbre. Así, ante la evidencia de un exilio que se prolongaría más en el tiempo que lo inicialmente previsto cuando se diseñó La Casa, su refundación en Colmex en octubre de 1940 tenía por fin último “concederle autonomía de acción y vincularla lo más íntimamente a los intereses nacionales dando cabida a elementos de nuestro país” (Archivo Histórico del Colegio de México, *Daniel Cosío Villegas*. Fondo incorporado, c. 4, exp. 1, f. 4, citado por Valero, 2015,14).

Así, cuando Reyes y Cosío se convencieron de la necesidad de transformar La Casa en Colmex trataron, claro está, de proteger la institución. En este sentido, la elección del nuevo nombre, El Colegio de México, tampoco fue banal. Con su “nacionalización”

buscaban, igualmente, salir el ala protectora del presidente de la República y fortalecer la institucionalización de aquel centro de estudios superiores humanísticos y de ciencias sociales, con un perfil exclusivamente académico y no marcadamente político –como había sucedido hasta entonces con La Casa de España. Así, la aparición del Colmex buscó dotar a la institución de una

mayor eficiencia respecto a nuestro país, [una] mayor elasticidad administrativa y posibilidades nuevas de acudir al servicio de los mexicanos, así como de otros extranjeros no españoles que interesaran a nuestros fines. [Por eso] convenía también darle un nuevo nombre, *El Colegio de México*, que correspondiera a estos fines y evitara confusiones con el mero refugio político que había sido en sus orígenes (Informe de Alfonso Reyes sobre la Casa de España, Archivo Histórico Colegio de México, *Alfonso Reyes*, c. 4., exp. 16, ff. 1-3, citado por Valero 2015, 16).

Se marchaba así La Casa de España. Una institución de vida efímera pero que, tal y como ha señalado Javier Garciadiego, dejó cuatro lecciones imborrables: “Que una institución es tanto más valiosa cuanto más rigor e imaginación acierte [a proyectar en] su proyecto originario; que la calidad de las instituciones no está relacionada con su magnitud ni con su riqueza; que es imprescindible hacer los cambios que se vayan requiriendo, y que, cuando se conjugan la inteligencia, la disciplina y una vocación clara y firme, no hay obstáculo que las venza” (Garciadiego, 2015, 53).

El Colmex quedó formalmente constituido al finalizar el verano de 1940, apenas dos meses antes de que Lázaro Cárdenas abandonara el palacio presidencial. Ubicado primero en Pánuco 63, colonia Cuauhtémoc, y más tarde en Sevilla 30, en la colonia Juárez, tuvo desde el primer momento como razón de ser, tratar de garantizar que sus miembros tuvieran el trabajo académico *per se* como dedicación profesional exclusiva, algo en lo que, como hemos señalado, fue pionero en el país. Con instalaciones propias e integrado en el sistema educativo nacional como centro de educación superior, sus dificultades en estos primeros años fueron, sobre todo, económicas. Superada la dependencia de la presidencia de la República, en adelante, lograr recursos para poder dotar plazas con las que sus miembros pudieran dedicarse en exclusiva a la docencia e investigación científica, resultaba una quimera que la acción y determinación de Reyes y Cosío lograron alcanzar superando innumerables dificultades y quebraderos de cabeza. Así, fue habitual en esos primeros años del Colmex ver comprometida su viabilidad económica por la cortedad de miras de responsables políticos que restringían la ayuda estatal y que no comprendían la naturaleza e importancia de la institución. La situación fue tan volátil que llevó a Reyes y Cosío a tratar de asegurar el presupuesto con consignaciones nominativas por parte del gobierno y con patrocinios de fundaciones extranjeras, sobre todo norteamericanas. Además, el Colmex integraría junto a los propios del país, a profesores y alumnos de todo el orbe buscando enriquecer con ello la impronta exclusivamente española que había tenido La Casa durante sus dos años de existencia. Esa época de incertidumbre en su institucionalización duró, al menos, toda la década del cuarenta (Lida, Matesanz, Zoraida, 2000, 119-311).

Los dos protagonistas de esta historia, Reyes y Cosío, compartieron así desvelos ante las extenuantes labores administrativas que conllevaron la puesta en marcha de estas dos instituciones. La labor de dirección de La Casa, primero, y del Colmex, después, les

obligó no solo a emplearse a fondo ante la Administración mexicana para garantizar la subsistencia de ambas empresas, sino con los propios exiliados españoles. Estos, además de tener en no pocas ocasiones dificultades de adaptación, también discutían con frecuencia en relación con lo sucedido en España lo que llevó a desesperar a Reyes quien llegó a escribir en su *Diario* que “¡con razón perdieron la República!” (registro del 16 de octubre de 1940, citado por Garciadiego, 2015, 41). Las incomprendiones no fueron pocas y algunas muy dolorosas (especialmente significativo para lo que aquí nos ocupa fue el desencuentro, como se dijo, entre Ortega y Reyes consecuencia de unas declaraciones de este último acerca del silencio público del filósofo durante la Guerra Civil, algo que Ortega no llegó a perdonar).

Mientras, en su relación con los exiliados, Reyes y Cosío se repartieron, en cierta manera, los papeles: mientras el primero, gracias a sus habilidades diplomáticas y a su finura en el trato, ejercía el papel de *comprensivo*, el segundo, mucho más adusto y encargado de la administración pura de la institución, hacía el papel de *hombre malo*. Auspiciador y patrono secretario de La Casa y del nuevo Colmex –así como director del FCE hasta 1948-, como gestor, a Cosío le tocó la difícil tarea de mostrar la puerta de salida a algunos de los exiliados que, al cambiar el estatus de la Casa de España por el del Colmex hubieron de desvincularse del mismo. Las dificultades económicas conllevaron sacrificios científicos pues hubieron de dejar de lado aquellas disciplinas científicas que requerían una mayor inversión como la física, la farmacia o las ciencias biomédicas, prescindiendo así de algunos de los exiliados españoles –que, por otra parte, rápidamente, lograron desarrollar sus servicios profesionales en otras instituciones académicas mexicanas como, por ejemplo, el excelente psiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora. También fue Cosío el encargado de exponer a Reyes y a cuantas personas con responsabilidades hubo de enfrentarse, la realidad de la insostenibilidad de la empresa buscando solución a sus siempre apremiantes problemas económicos. Así pues, a golpe de realismo y pragmatismo, los hacedores del Colmex fueron esculpiendo con firmeza la identidad de esta institución que, en las décadas siguientes, obtendría merecido prestigio, impulsando el cultivo preferente de las Humanidades y las Ciencias Sociales entre sus disciplinas.

En lo académico, por último, el Colmex lanzó ya desde aquel primer momento algunas de las líneas de trabajo que le convertirían en referente internacional. Entre ellas, destaca el Centro de Estudios Históricos puesto en marcha en 1941 que dirigió Silvio Zavala y donde se formaron varias generaciones de estudiantes que tuvieron, por entonces, entre sus profesores al paleógrafo Agustín Millares y a los historiadores Ramón Iglesia, José Miranda o Concepción Muedra. El exiliado español José Gaos, discípulo de Ortega y Gasset, puso en marcha el Seminario para el estudio del pensamiento en los países en lengua española y José Medina Echeverría el Centro de Estudios Sociales que, con carácter interdisciplinar, prestó atención a materias como la economía, la sociología o la ciencia política, entre otras. El arco disciplinario de la institución se completaría en 1947 con la Fundación del Centro de Estudios Filológicos –con el apoyo económico de la Fundación Rockefeller- en el que se congregaron, junto al propio Alfonso Reyes, personalidades como Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa o Ricardo Gutiérrez Abascal –conocido por su pseudónimo, *Juan de la Encina*. Fue la llegada de Raimundo Lida a su administración la que afianzó y consolidó la acción docente e investigadora de este Centro que pondría en

marcha la célebre *Nueva Revista de Filología Hispánica* (véase Valero, 2015, 21-23). Pero esa es ya otra historia.

### El Fondo de Cultura Económica: manantial para el pensamiento en español

De manera paralela a todo ello, y por si fuera poco el desvelo por sacar adelante, primero La Casa y luego el Colmex, junto a la incertidumbre económica, el ascenso del fascismo en el mundo, la expansión de regímenes autoritarios y nacionalistas, así como la consolidación de la opción política soviética, Daniel Cosío Villegas siguió adelante en su empeño de promover el desarrollo del FCE. Si en los tres primeros años de existencia del Fondo –creado en 1934-, tanto la revista como los libros fueron de economía, en 1937 Cosío Villegas y sus colaboradores de esa primera hora –el exrector de la UNAM Antonio Castro Leal y el economista Eduardo Villaseñor, fundamentalmente-, ante la hecatombe que estaba sacudiendo el mundo y la necesidad de formación del público mexicano, decidieron promover dentro del FCE otras colecciones vinculadas a las humanidades y otras ciencias sociales. Fue así cuando, ese mismo año, apareció el primer libro de ciencia política: *Doctrinas y formas de la organización política*, de George D. Howard Cole, traducido por Alfonso Reyes.

El exilio español radicado en México ofreció, además, a Cosío la materia prima necesaria para que el FCE continuase la labor que en los años veinte y primeros treinta había llevado a cabo *Revista de Occidente*<sup>2</sup>. Sus propios intereses académicos generaron una sinergia que alimentaba las necesidades del FCE y que, a la vez, tenía entidad propia pues el Colmex, a su vez, puso también en marcha diferentes revistas especializadas, así como su propia línea editorial. En ese ambiente de colaboración, pronto Cosío y los suyos encargaron a residentes del Colmex la traducción de las obras más importantes en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales de entonces. Con todo, en esos primeros años tras la Guerra Civil y hasta el final de la II Guerra Mundial –que el FCE abrió una filial en Buenos Aires que distribuiría sus fondos por todo el cono sur-, la multiplicación de obras más allá de la economía resultó exponencial (si en 1935 aparecieron dos obras de economía con el sello del FCE, diez años más tarde, las cinco colecciones sumaban un total de 191 títulos).

Como se puede ver, el FCE llevó a cabo una labor hercúlea. Para ello contó con traductores de altísimo nivel intelectual y académico, mexicanos y españoles exiliados – además de las personas que van a aparecer en estas páginas, cabe destacar la extraordinaria labor de la poetisa del 27 Ernestina de Chapurcin, que se ocupó de más treinta traducciones-. Su labor resultó esencial para el devenir de la ciencia en español y bien merece la pena realzarla pues su entrega, muchas veces abnegada e invisible a ojos del lector común, resultaba compleja, ardua e intensa, pues expresar en la lengua propia lo que se ha creado en otro idioma, con análoga frescura y originalidad, respetando un lenguaje

---

<sup>2</sup> En este sentido, es bien conocido que el empuje no fue exclusivamente orteguiano. Otras editoriales y revistas, como Biblioteca Nueva, *Cruz y Raya*, Losada o Porrúa, entre otras muchas en España y en el mundo hispánico, también promovieron a lo largo del siglo XX la traducción de obras que estaban transformando el mundo del pensamiento, la ciencia y la cultura, si bien, por su densidad, cantidad e importancia, sin duda el empeño de *Revista de Occidente* destaca entre todos los demás.

técnico que, en muchas ocasiones, expresa pensamientos complejos, supone una extrema dificultad.

Cossío Villegas, que dirigió el FCE hasta 1948 cuando fue sucedido por Arnaldo Orfila, tuvo una cierta obsesión porque el Fondo fuese, sobre todo y ante todo, una editorial de fundamento y especialización académica –por eso, aunque hubo publicación literaria, esta fue la menor-. Así, entre las obras publicadas esos años que llevan hasta el final de la II Guerra Mundial, encontramos algunos clásicos de sus respectivas disciplinas, manuales y, también, novedades –algunas de las cuales devendrían en clásicos de sus respectivas disciplinas en todo el mundo hispanico. Ante la mirada de un ojo crítico también se perciben, claro, ausencias notables –todas explicables, por otra parte-, por diferentes motivos como la de Nietzsche, Arnold Toynbee o Sigmund Freud –que había sido traducido por vez primera por encargo de Ortega y Gasset a López Ballesteros en 1911 para Biblioteca Nueva.

El FCE tendría, con los años cinco colecciones: Economía, Ciencia y Pensamiento Político –luego se llamaría Política y Derecho-, Historia, Sociología y Filosofía. La economía daba nombre a la editorial en un universo académico mexicano –y también hispanico- donde apenas la disciplina había comenzado a tener rango universitario, como mencionamos anteriormente. Desde el crack del 29 se había hecho evidente la urgencia de esta enseñanza especializada en un país en el que, por un lado, se empezaba a percibir la influencia económica decisiva que iban a tener los Estados Unidos por su proximidad y, por otro que, como consecuencia de la Revolución, México debía crear su propio modelo económico posrevolucionario, diferente del que había caracterizado la vida del país durante el Porfiriato. Con carácter pedagógico evidente –como se puede observar en la publicación de la primer edición sistemática de la obra de Marx en español publicada por el FCE-, su catálogo se llenó casi de inmediato con las obras fundamentales de la economía clásica como las de David Ricardo, Adam Smith o Thomas Malthus. Junto a ellas, el FCE tradujo aquellas que estaban marcando el sino de los tiempos como la ya citada *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de Keynes o *Naturaleza de las crisis* del laborista británico John Strachey. México y el Fondo abrirían, de esta manera, el área económica al mundo hispanico con la influencia decisiva en la formación de élites académicas en las décadas siguientes.

Fruto de la preocupación de los responsables del FCE por abrir la editorial a otras disciplinas, pronto se inició –como se dijo- la colección en Ciencia y Pensamiento Político –luego Política y Derecho-. Su diseño corrió a cargo del internacionalista Manuel Pedroso y de Vicente Herrero, que había cursado un posgrado en la *London School of Economics*. Se conformó así una colección que bien reflejaba la tensión política del momento con obras abarcaban temáticas como el ascenso del nazismo y del fascismo, el pensamiento social, teoría política o del Estado, o pensamiento político universal –incluyendo la edición crítica de clásicos como *Utopía* de Tomás Moro, *Leviatán* de Thomas Hobbes o el *Ensayo sobre el gobierno civil* de John Locke. También se puede encontrar en su catálogo otras obras decisivas como las del primer secretario del Tesoro de los Estados Unidos Alexander Hamilton, las de Thomas Paine –autor del influyente ensayo *Common Sense* en la independencia de las colonias norteamericanas-, o las del liberal británico Edmund Burke. La importancia capital que ello tendría en el devenir político del mundo hispanico se hizo

evidente con el tiempo cuando, tras superar Dictaduras de uno y otro signo, la democracia y el sistema liberal-capitalista se fueran abriendo paso en este ámbito.

En la colección de Historia, por el contrario a lo que sucedía en las dos anteriores, llama la atención la ausencia de clásicos de origen británico como Thomas Carlyle, Lord Macaulay o Lord Acton (Garcíadiego, 2016, 49). Buena parte de ellas ya habían aparecido en español en las décadas precedentes en otras editoriales. El FCE sí publicó obras fundamentales de autores de entonces como Robin G. Collingwood o Isaiah Berlin. Junto a ello, los responsables de la colección –singularmente Ramón Iglesia-, hicieron un esfuerzo por traducir y publicar clásicos del XIX y de lo que iba del XX como monografías decisivas de Leopold von Ranke, Jakob Burckhardt, Theodor Mommsen, Benedetto Croce, Johan Huizinga o Henri Pirenne, entre otras muchas. También acertó esta colección en reflejar los tiempos historiográficos. Tras la conocida revolución de los *Annales*, el FCE publicaba ahora libros que mostraron la pluralidad y el sino de los tiempos con la aparición de obras de historia política y diplomática, sí, pero también, de manera inmediata, vieron la luz trabajos de historia económica, social, de las ideas, cultural, filosofía de la historia y claro, también, sobre nacionalismos. No es exagerado decir, en este sentido, que el catálogo del FCE *Fondo* refleja la pulsión historiográfica desde entonces y que buena parte de los historiadores de la segunda mitad del siglo XX y de comienzo del XXI encuentran en sus páginas los fundamentos de su propia disciplina.

El FCE fue también pionero en el mundo de la Sociología para el público en español. Previamente, Ortega había impulsado la traducción en *Revista de Occidente* de Georg Simmel y la editorial Calleja había publicado a Herbert Spencer. Eso era todo. El Fondo se puso manos a la obra y muy pronto se pudo leer en la lengua de Cervantes clásicos de Auguste Comte, Émile Durkheim, Vilfredo Pareto o novedades que por entonces definían el camino de la disciplina como las aportaciones de Thorstein Veblen (*Teoría de la clase ociosa*), Ferdinand Tönnies (*Principios de Sociología*) o Karl Mannheim (*Diagnóstico de nuestro tiempo*)<sup>3</sup>.

José Gaos y Eugenio Imaz dirigieron la colección de Filosofía. Cosío Villegas les pidió que publicaran lo mejor del pensamiento moderno que tanta influencia estaba teniendo en las ciencias sociales y humanas. La UNAM, el Colmex, así como otras editoriales en español estaban publicando profusamente clásicos grecolatinos, siendo infrecuente la edición de obras contemporáneas. Bajo el impulso de estos dos hombres formados en Europa, se tradujeron entonces los referentes del neokantismo (Erns Cassirer), del historicismo (Wilhem Dilthey, fundamento del pensamiento vitalista de quien Imaz, que había sido secretario de redacción de la revista *Cruz y Raya* en los años treinta, impulsó la traducción de su obra casi completa en 10 volúmenes y cuya traducción, “osada, insigne, rigurosa” en palabras de Gaos, en los años siguientes haría crecer en importancia e influencia la obra de Dilthey en el mundo filosófico en español), de la fenomenología

---

<sup>3</sup> Al contrario de lo que sucedió con la economía, la Sociología no logró consolidarse como disciplina en el Colmex. Garcíadiego aventura que estuvo motivado por las diferentes percepciones que sobre la disciplina tuvieron Cosío Villegas y Medina Echevarría, colaborador suyo y uno de los principales traductores de esta colección y que, por ejemplo, sugirió la traducción de Talcott Parsons que, sin embargo, no llegó a producirse (véase Garcíadiego, 2016, 62-64).

(Edmund Husserl, al que Gaos ya había traducido para *Revista de Occidente*), del pragmatismo norteamericano (John Dewey) o, claro, del existencialismo, sobre todo, decisiva fue la importancia de la traducción que Gaos dedicó al gran coloso filosófico de la primera mitad del siglo XX: Martin Heidegger al que dedicó más de una década de trabajo. Un comentario específico merece esta labor pues Gaos, que llevaría a cabo una labor profunda de gran relevancia para el pensamiento mexicano –véase la biografía intelectual que Valero dedicó al pensador español en 2015-, aunque comenzó la impartición un seminario semestral sobre Marx e incluso preparó el borrador de una monografía sobre *Marx y Engels. Filosofía y economía* que nunca llegó a publicar, sería recordado por esta colosal tarea.

De esta manera, esta colección introdujo desde México y para todo el mundo en español a los tres pensadores que marcarían el rumbo intelectual en la primera mitad del siglo XX: Karl Marx, Max Weber y Martin Heidegger. Junto a lo ya señalado sobre este último, cabe destacar también cómo el FCE confió a Wenceslao Roces, en este sentido, la traducción de Marx del que se llegarían a vender decenas de miles de ejemplares con evidente influencia. Por otro lado, y a pesar de la enorme dificultad en traducir a Weber que ya había advertido Ortega, fue Manuel Sánchez Sarto, junto a otros destacados traductores y filósofos –como el propio Eugenio Ímaz, José Ferrater Mora o José Medina Echeverría-, quienes acometieron la ardua tarea de traducir algunas de las obras más importantes de Weber como *Historia Económica General* (1942) o *Economía y Sociedad* (1944). Preguntado por Arnaldo Orfila por qué no se acometió la traducción de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Medina Echeverría señaló que para ello habría que haber traducido toda su sociología religiosa lo que habría supuesto un trabajo desmesurado y la edición de varios volúmenes. Además junto a todo ello, se abordó la traducción de toda una pléyade de disciplinas colindantes a la filosofía que, por entonces, estaban en ebullición y generando un amplio debate académico como, por ejemplo, la ética, la lógica, la estética, la ontología o las filosofías de la ciencia y de la historia, de la naturaleza, del derecho y de la religión. Ausencias notables en el catálogo filosófico del FCE son las de Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud, que ya habían sido traducidos en España (Garcíadiego, 2016, 73-96).

Por último, cabe señalar también que, además de estas colecciones ya clásicas, apareció *Tezontle*, donde publicó su obra literaria buena parte de la *generación del 27* española y de las nuevas promesas mexicanas que, pronto, devendrían en una realidad celebradísima. De nombre náhuatl que significa piedra rojiza de origen volcánico del centro de México, parece que este fue un error pues se pretendía llamara la colección *Centzontle*, en azteca, nombre de un pájaro de, al menos, cuatrocientos trinos. En su catálogo figuran literatos como León Felipe, Max Aub, Josep Carner, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda y otras personalidades decisivas de las letras en español como el propio Alfonso Reyes, Ramón Xirau u Octavio Paz, que publicó allí *Libertad bajo palabra*, para muchos el libro de poesía mexicano más importante del siglo XX.

#### Más allá de España y México: el arco Atlántico

Como se ha visto, los *camino de ida y vuelta* entre México y España que supusieron las relaciones entrelazadas entre las biografías de personalidades tan destacadas

como José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán o Daniel Cosío Villegas e iniciativas como *Revista de Occidente*, la Casa de España, el Colmex o el FCE, han legado a México y España algo de lo mejor de su tradición liberal y académica.

En concreto, aquí se ha podido ver cómo el proyecto de importar la modernidad a España que Ortega y los suyos impulsaron, tuvo su analogía en México de la mano –aunque no solo- de Reyes y de Cosío. Con todo, hay una diferencia sustantiva entre la empresa orteguiana y la mexicana. Mientras la primera quedó frustrada en su implantación por la Guerra Civil y el franquismo –si bien, perviviría a través de algunas personalidades e iniciativas sustantivas del exilio interior y exterior y de eso que hemos dado en llamar *tercera España* (Gracia, 2004; Juliá, 2005 y 2017; López Vega, 2011, entre otros)-, en México, el Colmex y el FCE lograron superar las diferentes dificultades que afrontaron a lo largo de las décadas. Surcando diferentes etapas hasta hoy con la preocupación fundamental de ampliar y diversificar de saberes el mundo académico mexicano, la cierta continuidad que ambas instituciones han logrado mantener han hecho de ellas un referente internacional de excelencia que lleva el nombre de México por el mundo.

Al calor de todo ello, emanó una comunidad de pensamiento científico y cultural en español que tuvo otros ejes a lo largo del arco Atlántico y que fue visible en instituciones académicas, publicaciones e iniciativas culturales de diversa índole. De esta manera, esta herencia contribuyó de manera decisiva a que se abrazara la modernidad a ambos lados del Atlántico. En España el universo orteguiano y sus diferentes empresas culturales han tenido una gran influencia en el país a lo largo del último siglo (*Sol, España, Revista de Occidente, Crisol*, la Escuela de Madrid o, más recientemente, diferentes iniciativas emanadas de la sociedad civil española y que ha dado lugar a medios de comunicación, instituciones, fundaciones, o trabajos académicos sistemáticos que dialogan con el pensamiento orteguiano cuyo cenit ha sido la publicación de la nueva edición de las *Obras Completas* del filósofo, entre otras muchas). Por su parte, el Colmex, que en un inicio actuó como complemento de la oferta formativa de algunas de las mejores instituciones universitarias de México como la UNAM o la ENAH, y muy especialmente el FCE con sus traducciones, contribuyó de manera decisiva a la formación de la juventud mexicana y, por extensión, de habla hispana.

Una última enseñanza nos deja lo señalado páginas atrás: cómo el esfuerzo y la tenacidad de personalidades singulares, de biografías únicas, pueden ser determinantes para poner en marcha instituciones, iniciativas y procesos que, de una manera u otra, contribuyen de manera sustancial a transformar la realidad de su entorno. Como reflejaba el propio Reyes de manera grandilocuente en una carta que dirigió al entonces secretario de Hacienda del gobierno mexicano –y más tarde director del FCE- Antonio Carrillo Flores en febrero de 1953

Es pues la ocasión de que el Ángel Protector levante su espada de fuego, ahuyente las tinieblas, y empiece a dar grandes voces: “¡Voz de Oriente, voz de Occidente, voz del Septentrión y voz del Austro! ¿Quién dijo que México no protege a su alta cultura? ¡Ahora lo verán hijos de esto y de lo otro!” etc. etc.

Y aquí terremotos, truenos, rayos y centellas, de modo que, humeante entre los resplandores del incendio, se vea levantarse hasta el cielo un flamante y robustecido [un] Colegio de México que parezca un castillo de oro (citado en Valero, 2015, 29).

Y decía bien don Alfonso.

## Bibliografía

Aponte, B. B. 1972. Alfonso Reyes and Spain. His dialogue with Unamuno, Valle Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna. Austin: University of Texas Press.

Díaz Arciniega, Víctor. 1994. Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994. México: FCE.

Fusi, Juan Pablo. 1999. *Un siglo de España. La cultura*. Madrid-Barcelona: Marcial Pons.

Garcíadiego, Javier. 2016. El fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México. México: FCE.

.- 2015. Alfonso Reyes y La Casa de España en México. En *Los empeños de una Casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México*, Valero, Aurelia ed. y coord., 33-53. México: El Colegio de México.

Gracia, Jordi. 2004. *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama.

Juliá, Santos. 2017. *Transición. Historia de una política española*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

.- 2005. *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus.

Krauze, Enrique. 1991. Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual, 1ª ed. 1980. México: FCE.

Lida, Clara. 1988. La Casa de España en México. México: El Colegio de México.

Lida, Clara; Matesanz, José Antonio y Zoraida Vázquez, Josefina. 2000. La Casa de España y El Colegio de México. Memoria 1938-2000. México: El Colegio de México.

López Campillo, Evelyn. 1972. *La Revista de Occidente* y la formación de minorías. Madrid: Taurus.

López Vega, Antonio. 2011. *Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal*. Madrid: Taurus.

Meyer, Lorenzo. 2015. Don Daniel, su México y su Colegio de México. En *Los empeños de una Casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México*, Valero, Aurelia ed. y coord., 55-73. México: El Colegio de México.

Reyes, Alfonso. 2010. Diario II. París, 19 de marzo de 1927 – Buenos Aires, 4 de abril de 1930, ed. Crítica de A. Castañón. México: Academia Mexicana de la Lengua / COLMEX.

Reyes, Alfonso y Guzmán, Martín Luis. 2000. Fósforo. Crónicas cinematográficas. México: CONACULTA - Instituto Mexicano de Cinematografía.

Garcíadiego, Javier. 2014. La generación del 14 y México. En *Generación del 14. Ciencia y modernidad*, 219-227. Madrid: Biblioteca Nacional de España.

Meyer, Jean. 1973-1974. La cristiada, 3 Vols. México: Siglo Veintiuno.

Ortega y Gasset, José. 2004-2010. *Obras Completas I-X*, Madrid: Taurus-Fundación Ortega y Gasset.

Otero Carvajal, Luis Enrique. 2009. La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria durante el franquismo. Madrid: Editorial Complutense.

Pineda, Sebastián. 2016. Órbitas en pugna. José Ortega y Gasset – Alfonso Reyes. Epistolario (1915-1955). *Revista de Estudios Orteguitanos*, 1ª parte, 32, 55-85; 2ª parte, 33, 27-88.

Rodríguez, Luis I. 2000. Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940. México: COLMEX / Secretaría de Relaciones Exteriores / Conacyt.

Rodríguez López, Carolina. 2002. La Universidad de Madrid en el primer franquismo. Ruptura y continuidad (1939-1951). Madrid: Dykinson.

Valender, James y Rojo, Gabriel (eds.). 2010. Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para celebrar el septuagésimo aniversario de *La Casa de España* en México (1938-2008). México/Madrid: El Colegio de México/Residencia de Estudiantes.

Valero Pie, Aurelia (ed.). 2015. Los empeños de una Casa. Actores y Redes en los inicios de El Colegio de México 1940-1950. México: El Colegio de México.

.- 2015b. José Gaos en México. Una biografía intelectual 1938-1969. México: El Colegio de México.